

JIMÉNEZ DE QUESADA Y DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR
EDUARDO SANTA*

La aventura de la Conquista

La conquista del continente americano fue, indudablemente, la gesta heroica más dura y más escalofriante de todos los siglos. Cuando se leen los relatos de los Cronistas de Indias y algunos que nos legaron los mismos conquistadores, no deja uno de conmoverse hasta el máximo, de aquello que hoy nos parece inverosímil, de aquel trasegar de meses y de años por un mar turbulento y entonces desconocido, por selvas oscuras y cenagosas pobladas por fieras y alimañas letales, por ríos torrentosos, sin saber casi nunca a dónde se iba a llegar. Porque apenas estaban haciendo los primeros caminos y las primeras rutas con la quilla de sus barcos, con el casco de sus caballos y con la fuerza incontenible de sus espíritus indomables. Gentes duras, gentes de recia voluntad, gentes sin ley que aquerenciaron la muerte y la cortejaron a cada momento, que la vieron a cada paso en los estertores del compañero devorado por las fiebres, por el hambre, las fieras y el cansancio, por la flecha certera en la emboscada o en el combate abierto con el indígena, y que la prodigaron también con violencia, cada vez que podían, en medio de esa pesadilla, en la que lo único que importaba era sobrevivir para llenar las manos de oro y volver a la península española como héroes de una nueva edad, donde el dinero y la fe religiosa se hermanaron.

Por eso, a pesar de todo lo que se ha dicho y se siga diciendo sobre la crueldad del conquistador español, quedan en pie y a salvo de toda controversia sus cualidades capitales, como son el valor temerario, su espíritu de aventura, la fortaleza de su carácter y su constancia batalladora, alimentada por la ambición económica y llevada a los últimos grados de terquedad. Sólo

* Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia.

un pueblo como el español podía emprender esa nueva cruzada, para la cual era indispensable tan extraña mezcla de idealismo, de resistencia a la adversidad, de orgullo acendrado y alta estima del honor, de espíritu aventurero, de desprecio por la vida y de tenacidad sin reservas. Hernán Cortés, quemando sus naves para notificarle a sus tropas la firmeza de su decisión, para cortar toda posibilidad del retroceso ante el peligro, para cerrar la brecha de la huida, es el gesto que define la validez de un propósito y el signo de toda una época. Y gestos como el de Cortés se repetían a diario en ese trasegar por los caminos de la muerte.

Entre esos miles de aventureros de alma recia, salidos en su gran mayoría de los bajos fondos sociales, perdularios y desocupados que querían jugarse la última carta de sus existencias, perseguidos por la justicia o por la necesidad, muchos de ellos ex presidiarios, soldados mercenarios sin empleo, entrenados en duras batallas, gentes para quienes el descubrimiento del nuevo mundo era la gran oportunidad de hacer fortuna y fama, venía extraviado un verdadero caballero andante, a quien su apego por la justicia le había hecho abrazar la carrera de abogado y a quien su idealismo le había hecho historiador y letrado. Se llamaba Gonzalo Jiménez de Quesada

De su vida y de sus obras anteriores a su empresa conquistadora, como sucede con la gran mayoría de los pioneros, es poco lo que se sabe. Generalmente fueron gentes anodinas, cuya grandeza apenas nace en los hechos temerarios con que tejieron esta odisea americana que fue la Conquista. Sabemos, sin embargo, que había nacido en Granada hacia 1509, aunque algunos historiadores sostienen que fue Córdoba su cuna; que era hijo de Gonzalo Jiménez y de Isabel Rivera, de buen abolengo, y que de ese matrimonio fue el primogénito; que estudió jurisprudencia y ejerció su profesión ante la Real Cancillería de Granada, hasta el día en que movido por sus incontenibles ansias de aventura se vino a estas tierras con Pedro Fernández de Lugo, gobernador de Santa Marta. Ciertamente, entre la valerosa expedición de este Capitán, venía don Gonzalo Jiménez de Quesada, con el cargo de Justicia Mayor.

Quesada y la literatura colombiana

Quesada fue un hombre desventurado en todo el sentido de la palabra. Siempre estuvo en pos de una quimera. Su vida fue una lucha constante contra el infortunio. Al fundar a Bogotá tiene que defender sus títulos de fundador y su jurisdicción sobre su ciudad amada de las pretensiones de Federmán y Belalcázar, los cuales quieren tomar posesión de ella y sumarla a sus conquistas. Cuando se propone regresar a España con el fin de dar



Gonzalo Jiménez de Quesada (Granada o Córdoba, España, 1506-Mariquita, Tolima, 1579). Galería de la Academia Colombiana de Historia.

cuenta al Rey de todas sus hazañas, conquistas y fundaciones, es Jerónimo Lebrón, nuevo Gobernador de Santa Marta, quien quiere usurparle la jurisdicción en el territorio por él conquistado. Mucho antes, en aquella terrible marcha por las selvas del Opón, en viaje al Valle de los Alcázares, había tenido que luchar con entereza y con vigor contra los desencantados y los inconformes que quieren regresar a Santa Marta. Luego es acusado por subalternos ante la corona española. Soldados de su expedición, movidos por la curiosidad, el descuido o la codicia, incendian el templo de Suamuxi, o templo del Sol, donde se supone existieron tesoros materiales y documentos de gran valía sobre los orígenes del pueblo chibcha, que fueron consumidos entre las llamas de aquella irreparable catástrofe. Siempre estuvo en pos de ese Dorado que trastornó la mente de muchos conquistadores, sin poder encontrarlo jamás. Lo que para otros conquistadores fuera fácil, para este don Gonzalo siempre fue difícil. ¡Cuánta lucha para obtener, primero, el título de Mariscal y, luego, el de Adelantado, cuando Pizarro y Cortés disfrutaban del título de Marqueses! En busca de ese Dorado mitológico pierde su fortuna, llegando a la miseria. Viejo, empobrecido y casi olvidado, contrae una terrible enfermedad, que algunos suponen fue la lepra. Y ese sino fatal que persigue al Quijote de América parece que se extiende sobre su obra literaria. Así, por ejemplo, *El antijovio* duró extraviado cerca de cuatro siglos, hasta que en 1927 fueron descubiertos los manuscritos en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid. Y así fue como esta obra, escrita para ser publicada en su época según los deseos de su autor, que se apresura a enviarla a España con ese fin, sólo vino a conocerse en 1952, gracias a la publicación que de ella hizo el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. Con la mayor parte de sus obras, y entre ellas *Ratos de Suesca* y *Compendio historial*, pasó otro tanto: se han perdido, sin que hasta el momento se hayan podido encontrar, a pesar de las búsquedas que se han hecho tanto en Colombia como en España.

Pero a pesar de estas calamidades, se puede emitir hoy un juicio sobre lo conocido de la producción intelectual de Jiménez de Quesada. De *El antijovio* puede afirmarse que es, sin lugar a dudas, una obra monumental en el campo de la historia de Europa, que despeja muchas incógnitas y corrige muchos datos. La obra, en verdad, es erudita y está escrita en un estilo que nos revela el alto grado de cultura que poseía el fundador de Bogotá. Tiene además la virtud de que en su texto don Gonzalo va dejando datos autobiográficos de gran interés. Como antes se dijo, y como su propio título lo indica, fue escrita para refutar y aclarar mucho de lo afirmado por el historiador lombardo Paulo Jovio, Obispo de Nocera, en el libro *Historias de su tiempo*, en el cual enjuiciaba duramente la política del emperador Carlos V y el comportamiento de las

tropas imperiales españolas durante las guerras de Italia en el Siglo XVI¹. El erudito historiógrafo español Manuel Ballesteros Gaibrois, en el estudio preliminar a la primera edición hecha por el Instituto Caro y Cuervo, no duda en calificar esta obra como “una de las más vivas y espontáneas de la historiografía moderna” y en considerarla “como modelo de estilo castellano que sin duda figurará con el tiempo entre las obras clásicas de nuestra literatura”, para concluir luego que *El antijovio* quedará “como modelo de escrito político e histórico, ejemplar único en su género, lleno de pasión y de verdad, por primera vez conjugadas con tanto acierto y genio”².

Como hecho notable para la historia de la literatura colombiana, cabe anotar que esta obra monumental fue escrita en Tunja, hacia 1567, según se desprende del prólogo que el mismo autor pone a su obra. Y es que, además de su valor intrínseco, con la obra de Gonzalo Jiménez de Quesada se inicia la historia de la literatura colombiana. Como bien lo expresa el crítico literario don Antonio Gómez Restrepo: “cupó en suerte a Colombia el que su conquistador y fundador de su ciudad capital no fuera simplemente un aventurero ignorante y brutal sino un hombre culto y letrado”³.

En cuanto al *Compendio historial*, infortunadamente extraviado, y a las demás obras de Jiménez de Quesada, conocidas por la mención que de ellas hacen algunos cronistas y por trozos que ellos reproducen en sus obras, conviene recordar el juicio muy autorizado del ya citado crítico y humanista Antonio Gómez Restrepo cuando dice lo siguiente:

En parte puede remediarse la pérdida del *Compendio historial* recopilando lo que de él tomaron Antonio de Herrera para sus *Décadas* y Zamora y Piedrahita para sus *Historias*. Sobre todo las de los últimos son puntuales. Queda además la *Relación* o *Epítome* que publicó por primera vez don Marcos Jiménez de la Espada y que este doctísimo americanista atribuyó sin vacilar a Quesada, aun cuando advirtiendo que el manuscrito había sufrido retoques... A juzgar por todos estos fragmentos y por otros escritos menores, cartas, memoriales, la *Relación sobre los conquistadores y encomenderos*, publicada por el general Acosta, etcétera, Quesada, en prosa, tenía el mismo gusto que en poesía, es decir, pertenece más al siglo XV que al Renacimiento. Su estilo es de cronista, como lo fue el de Bernal Díaz del Castillo, por

¹ Gonzalo Jiménez de Quesada, *El antijovio*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1952.

² Manuel Ballesteros Gaibrois, *Estudio Preliminar de El antijovio*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1952.

³ Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1953.

ejemplo. Lo que a estos y otros cronistas de Indias les falta de acicalamiento y de elegancia retórica, lo compensa con el vigor y la evidencia del relato. En la *Relación*, por ejemplo, sorprende la concentración sintética con que en unos cuantos párrafos nos pone a la vista los rasgos más típicos de la civilización chibcha⁴.

Polifacético y universalista, como buen hombre del Renacimiento, este don Gonzalo espiga no solamente en los campos de la historia, con la propiedad y profundidad ya vistas, sino que también lo hace en los del derecho, la filosofía y la administración. Pero, lo más insólito en un Conquistador del temple de Quesada son sus incursiones en el campo religioso y teológico, cuando en sus retiros y soledades se dedica a componer sermones sobre la Virgen, para ser predicados los sábados de Cuaresma, y sus preocupaciones muy serias sobre la poesía y los nuevos metros introducidos en España, tema éste que le apasiona y que le permite sostener interesantes diálogos y controversias con el insigne cronista don Juan de Castellanos.

Don Rafael Torres Quintero, distinguido investigador de nuestra literatura, a cuyo cuidado estuvo la edición que hizo el Instituto Caro y Cuervo de *El antijovio*, en su estudio sobre la bibliografía de Quesada relaciona como de éste las siguientes obras: *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*, el *Gran cuaderno*, *Indicaciones para el buen gobierno*, *Anales del Emperador Carlos v*, los *Ratos de Suesca*, el *Compendio historial*, la *Memoria de los descubridores y conquistadores que entraron conmigo a descubrir y conquistar este Nuevo Reino de Granada*, los *Sermones sobre Nuestra Señora*, además de algunas traducciones del latín, cartas al rey sobre el descubrimiento, conquista y colonización de estas tierras, memoriales, declaraciones y otros documentos de carácter jurídico y administrativo⁵. Aunque la mayor parte de las obras relacionadas se han perdido, de ellas se ha tenido noticia por las referencias que hacen los cronistas de Indias y por las transcripciones de trozos de las mismas que tales cronistas han hecho.

Refiriéndose a la importancia y trascendencia de las *Indicaciones para el buen Gobierno*, el historiador Raimundo Rivas nos recuerda que en esta obra

suplica al Monarca que legisle sobre todas las ramas del Gobierno, en representación, en que toca desde la creación de Obispos

⁴ *Ibid.*

⁵ Rafael Torres Quintero, “Bibliografía de Quesada”, en *El antijovio*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952.

y conversión de indígenas, hasta la manera de proveer las encomiendas, cobrar sus tributos y labrar las minas; desde los castigos que deberían imponerse a los que maltratasen a los indios, hasta la manera de prevenir futuras rebeliones y secuela que convendría se siguiera en los litigios ante la Real Justicia.

Y agrega a renglón seguido que

este solo documento es suficiente para señalar a Quesada como auténtico hombre de Estado, pues demuestra no solo cuánta era la natural generosidad de su alma y su verdadera simpatía por los indígenas (a quienes procuraba amparar contra los mismos españoles, cuyos intereses por otra parte defendía), sino que pone de relieve hasta qué punto había penetrado en la psicología del nuevo conglomerado social, cuyos contornos empezaban a delinearse; su profundo conocimiento del medio en que iban a tener efecto las ordenanzas del Rey y de los males que debían ser extirpados, y su anhelo de encauzar, dentro de las normas de equidad y de justicia, la vida en las posesiones españolas⁶.

En relación con la pérdida del *Compendio historial*, la distinguida escritora doña Soledad Acosta de Samper nos da una pista bien interesante, en su estudio biográfico sobre don Gonzalo Jiménez de Quesada, incluido en su obra *Biografías de hombres ilustres notables*, en la edición que hizo en 1883 la Imprenta La Luz de Bogotá. Dice doña Soledad, en la nota marginal al estudio mencionado, en la página 192, lo siguiente: “Remitióse su *Compendio historial* a España, pero no lo creyeron digno de publicación, quizás porque contenía verdades que no convenía se supiesen; mas existía una copia en la Biblioteca de Santafé de Bogotá”, “de donde la sacó el doctor Antonio Plaza [dice Vergara en su *Historia de la Literatura*] y a la muerte de dicho doctor, en 1854, se perdió entre sus papeles”. Y agrega doña Soledad en la misma nota citada: “Dícese que un particular la posee actualmente en Bogotá, y que es suficientemente egoísta para tenerla oculta, y no quiere ni venderla ni dejarla ver siquiera”⁷. Después de haber leído esta pública denuncia, hecha ya hace más de un siglo, sólo nos quedaría por preguntarnos: ¿se haría alguna investigación sobre el particular, sobre esta pista tan importante, dada por una persona de las altas condiciones morales e intelectuales de doña Soledad Acosta de Samper? Y aquí, para rematar, solo podríamos responder a la manera santafereña: *averígüelo Vargas*.

⁶ Raimundo Rivas, *Los fundadores de Bogotá*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1923.

⁷ Soledad Acosta de Samper, *Biografías de hombres ilustres notables*, Bogotá, Imprenta La Luz, 1883.

Jiménez de Quesada, Quijote de América

Pero volvamos nuevamente a nuestro tema central. Algunas similitudes entre la vida de Jiménez de Quesada y don Quijote de la Mancha le dieron pie a nuestro notable escritor Germán Arciniegas para elaborar, en el mejor de los estilos, la tesis de que aquel había servido de modelo a Cervantes para la creación literaria de su admirable personaje.

La desarrolló en su libro *El Caballero del Dorado*, que tanto gustó al gran escritor y biógrafo Stefan Zweig, quien no vaciló en recomendarlo espontáneamente a un importante editor norteamericano de Nueva York, para que lo publicara en inglés. Fue el conocimiento entre estos dos distinguidos humanistas, el inicio de una estrecha amistad que sólo terminaría con el suicidio del primero, en la ciudad brasilera de Petrópolis, el 23 de febrero de 1942. Zweig le abrió la puerta grande a nuestro escritor colombiano para que fuera ampliamente conocido en el exterior y para que buena parte de sus libros fueran traducidos a muchos idiomas cultos.

Las similitudes aludidas fueron confrontadas por Arciniegas con admirable habilidad, con sutileza, con excelente conocimiento de los dos personajes en cuestión. Tan bien urdidas que, al final del libro, cualquiera que lo lea puede sentirse plenamente convencido. La obra de Arciniegas abre su abanico de hipótesis, con una que parece verdad y puede serlo: cuando Cervantes es liberado de su prisión en Argel y regresa a España a intrigar un cargo, ha llegado a la península la noticia de que ha muerto en el Nuevo Reino de Granada su Adelantado, don Gonzalo Jiménez de Quesada, y sus herederos están preparando bártulos para viajar a estas tierras a reclamar una herencia que suponen fabulosa. Las aventuras del Mariscal, y a la vez Adelantado, se comentan en ciertos círculos, especialmente en el familiar de los Quesada, con quienes Cervantes tiene vínculos y hasta parentescos cercanos, lo cual realmente ha sido confirmado por los más autorizados biógrafos de éste. Las maravillosas aventuras de los conquistadores y particularmente de los Quesada (Gonzalo y Hernán), por estas tierras enigmáticas, mueven a Cervantes a solicitar al rey un empleo en Bogotá (entonces Santa Fe) o en Cartagena, lo que está también debidamente comprobado⁸. La propia esposa

⁸ En buena parte de las biografías de Cervantes aparece este importante dato. Para citar solo la de Alberto Spunberg, transcribimos: “En Sevilla, Cervantes volvió a postularse para cuatro cargos en América, que estaban vacantes: contador del reino en Nueva Granada; gobernador de la provincia de Soconusco en Guatemala; magistrado en la ciudad actualmente boliviana de La Paz; y tesorero de galeras en Cartagena, en la actual Colombia”: Alberto Spunberg, *Miguel de Cervantes (Grandes biografías)*, Ediciones Rueda, J. M. S. A., España.

de Cervantes, es decir, doña Catalina de Salazar y Palacios está vinculada con lazos de sangre a don Gonzalo, y de ella y de sus parientes cercanos escucha relatos maravillosos que lo mueven a solicitar ese empleo que, infortunadamente para América y para su literatura, nunca llega. Como tampoco llegó la solicitud de Cervantes a las manos del rey, pues se quedó extraviada en uno de esos tan frecuentes remolinos que van haciendo algunos documentos y solicitudes, en los despachos de todas las burocracias, tan ineptas como indolentes, quizás con el consabido “pase para su estudio”. Y el sueño de Cervantes de venir a lo que hoy llamamos Colombia se quedó vagando para siempre, entre los dédalos de lo imposible y olvidado.

Pero volviendo a don Alonso Quijano, *el Bueno*, creación literaria de Cervantes, pero realidad fáctica en su modelo de carne y hueso (puesto que todos los personajes literarios, sin excepción, tienen o han tenido un principio de realidad en el entorno mismo de sus creadores fantasiosos); volviendo a él, que no es otro que el Quijote, hubo otro que en el mundo de la realidad también se llamó Alonso y también fue loco y aventurero. En la familia de los Quesada hubo siempre muchos locos. Pero es, indudablemente, de todos esos locos, este don Gonzalo con sus aventuras, el que según Arciniegas entusiasma a Cervantes.

Cabe pensar qué hubiera pasado si Cervantes hubiera venido a nuestro país, que ese sueño burocrático se hubiera hecho realidad. Tal vez hubiera puesto a caminar su personaje inmortal por estas tupidas y enmarañadas selvas, sus llanos, sus ríos y montañas, o quizás por las aldeas primitivas o incipientes, por los pueblos y aldeas del Caribe, al último caballero andante que en la ficción se llamó don Alonso Quijano o Quesada y que, según Germán Arciniegas, se llamó en el mundo de la realidad don Gonzalo Jiménez de Quesada, que también discurre sobre las letras y las armas; que también piensa en una lejana Dulcinea que ha dejado en Granada y a quien de igual manera dedica sus hazañas; que sueña febrilmente en la conquista fabulosa de un Dorado inexistente; que también defiende a los humildes, en el más elocuente debate contra sacerdotes y encomenderos; que discute sobre literatura y poesía con el cura letrado don Juan de Castellanos; que también escribe, para uso de los Sanchos, instrucciones y consejos para el buen gobierno; que lucha, lanza en ristre, contra los molinos de viento de su época; que es apaleado por los zafios, con los que tropieza en su carrera en pos del ideal; que vive en permanente desventura, haciendo discursos y sermones en las soledades de estas hermosas tierras vírgenes; que escribe una monumental obra contra el historiador don Pablo Jovio, para defender su propia patria de consejas y leyendas elevadas a la categoría de historia; que tira a manos llenas el dinero, en aventuras de mujeres y de cartas y que, al final de su

existencia, como el propio don Quijote, muere dejando de heredera a la sobrina, y por albaceas al cura y al letrado. Pero, antes de morir, al igual que don Quijote, repasando lo que ha sido su vida aventurera, perdido en la pequeña y solitaria aldea de Mariquita, en tierras del Tolima, deja el epitafio para su propia tumba: *Expecto resurrectionem mortuorum*⁹.

Hasta aquí la síntesis de lo sostenido por Arciniegas, en su libro *El Caballero del Dorado*, uno de los tantos que él supo escribir con su brillante y donosa pluma, que pudo haberle servido para que los anodinos dispensadores de premios le hubieran otorgado uno de los Nobel de fines del siglo xx, que bien merecido lo tenía, pero que los tejemanajes de la farándula literaria y las ocultas intrigas de embajadas puestas al servicio de los bastardos y mezquinos intereses políticos del momento le barajaron, lamentablemente para el país y para su propia gloria. Hasta dónde llegó la felonía que, al ser destituido de la presidencia de la Comisión Nacional encargada de la conmemoración del Quinto Centenario del descubrimiento de América, fue reemplazado por alguna dama de cuyo nombre y condiciones intelectuales no quiero acordarme, para utilizar el célebre eufemismo cervantino, ya convertido en un lugar común en nuestro lenguaje coloquial hispano.

El Quijote de Argamasilla de Alba

Volviendo a su tesis sobre don Gonzalo Jiménez de Quesada, como modelo tomado por Cervantes, para plasmar su inmortal personaje de la caballería andante, conviene detenernos un instante. Si no fuera porque hay mayores evidencias sobre la existencia de un personaje real que pudo ser el modelo tomado para crear el inmortal Quijote, la tesis de Arciniegas, tan ingeniosamente construida y tan hábilmente sustentada, podría tener visos de una verosimilitud compaginable con la creación literaria del manco de Lepanto.

Veamos la razón de esto. La historia es muy sencilla y está fundamentada en una tradición secular, guardada y conservada fielmente por toda una comunidad que ha venido rindiendo culto, tanto al clásico escritor como al maravilloso personaje brotado de su cerebro, de su corazón y de su pluma, en uno de esos milagros que sólo la imaginación puede entender y que solo se producen una vez por centuria.

Sucede, pues, que según esa centenaria y amada tradición popular, conservada celosamente por todos los habitantes de Argamasilla de Alba, durante más de tres siglos, vivió en dicha localidad un hijosdalgo venido a menos,

⁹ Germán Arciniegas, *El Caballero de El Dorado*, México, Aguilar, 1978.

llamado Rodrigo Pacheco, que, al igual que don Alonso Quijano, perdió la cordura y se le trastornó el seso, por estar leyendo sin descanso y con pasión sin límites cuanto libro de caballería caía a sus manos, a tal grado que, además de dilapidar su fortuna en ese costoso pasatiempo, en un momento dado creyó ser uno de aquellos justicieros caballeros andantes y, desde entonces, hasta el día de su muerte resolvió vestir la primera armadura medieval que halló a su paso, caló sobre su cabeza su oxidado morrión, calzó sus espuelas, ajustó la tizana a su cintura y empuñó su lanza, saliendo de su casa con toda esa anacrónica indumentaria, cabalgando el mejor rocín de su hacienda, a galope tendido por las estrechas calles de su aldea y por los caminos y campos aledaños a la misma, vociferando a gritos y desafiando a los zafios de su época a medir con él su valor, su hidalguía y sus armas justicieras¹⁰.

Ese buen hijodalgo, que de tal modo perdió su compostura, fue contemporáneo de Cervantes, quien debió conocerlo, pues por aquella calenda don Miguel vivía en Argamasilla de Alba y, para más señas, también estuvo preso allí algún tiempo, por algún enredo judicial que los expertos cervantistas no han logrado esclarecer en forma definitiva. Pero ¿cómo no iba a conocerlo, si por aquella época Argamasilla de Alba era una aldea tan pequeña, y lo seguía siendo cuando la visitó Azorín, quien en su bello libro *La ruta de don Quijote*, nos dice que en 1575, contaba con 700 vecinos y tenía 600 casas y que en 1905, cuando él la visitó, 330 años más tarde, solo tenía 850 habitantes y 711 casas? Bastaba caminar por cualquiera de sus solitarias callejuelas o llegar a su desolada plaza para tropezar en poco tiempo con todos los seres vivientes que la poblaban, incluyendo los perros, los cerdos, las palomas, las gallinas y los gatos. ¿No habría, pues, de conocer Cervantes al tal don Rodrigo Pacheco, y hasta conversar con él, si su presencia y hasta su fama de loco recorrían todos los rincones y lugares a muchas leguas a la redonda? ¿De dónde sacó don José Martínez Ruiz, que no es otro que el mismo Azorín, tan simpática versión del verdadero Quijote, del que le sirvió de modelo a Cervantes para crear el inmortal personaje de su admirado libro?¹¹.

Pues bien. Sucedió que en 1905, cuando se conmemoraba el tercer centenario de la publicación de la primera parte del Quijote (y estamos próximos a conmemorar, el cuarto, en el 2005), el periódico *El Imparcial* de Madrid, en un acto que constituyó un resonante éxito periodístico, comisionó al joven Azorín, que solo contaba treinta y dos años de edad, para que hiciera, como bien pudiera (en coche, en ferrocarril, a lomo de mula), toda la ruta recorrida

¹⁰ José Martínez Ruiz (Azorín), *La Ruta de don Quijote*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1948.

¹¹ *Ibid.*

siglos antes por don Quijote, con el fin de que fuera enviando, para ser publicadas, las crónicas que fueran saliendo de su pluma y en las cuales se fueran consignando sus experiencias personales, las descripciones de todos los lugares y caminos visitados por el inmortal manchego, en su inefable peregrinación en busca de aventuras y de fama. Así, pues, al llegar el joven periodista a la aldea de Argamasilla de Alba, de la cual Cervantes no “quiso acordarse”, según lo expresa él mismo en el primer párrafo de la obra, encontró un círculo de estudiosos guardianes de fama del andante caballero. Era aquel grupo de viejos admirables, a quienes el periodista llamó “los académicos”, en reminiscencia de aquellos a los que Cervantes calificó de igual manera, pero con ciertos visos de sarcasmo y de mofa. Ciertamente en aquella localidad, famosa ya en la historia de la literatura universal, se le venía rindiendo un culto tres veces centenario al Quijote de carne y hueso, es decir, a cierto personaje que vivió y murió allí, con el nombre de Rodrigo Pacheco, como ya lo dijimos anteriormente. Su existencia logró comprobarse en su momento, rebuscando en archivos y legajos carcomidos ya por el orín del tiempo. Lo cual, dicho en otras palabras, significa que este individuo de la realidad, anacrónico caballero andante por calles y senderos de la aldea, fue el que impresionó a Cervantes y lo impulsó a escribir su famosa obra. Allí, nació, pues, por segunda vez, este admirable don Quijote, pues al buen criterio de los serios y acuciosos cervantistas, incluyendo al erudito don Diego Clemencín, fue en la cárcel de esta aldea donde el genio empezó a escribir (y quizás también donde terminó) la primera parte de su obra imperecedera¹². Ya sabemos que la segunda fue escrita años más tarde, cuando el éxito alcanzado por la publicación de la primera lo estimuló a continuar las aventuras de su gran protagonista. Pero seguramente no solo fue el éxito alcanzado; quizás lo que más lo motivó fue la noticia que llegó a sus oídos de que cierto escritor anónimo y bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, acababa de publicar (1614) una segunda parte del Quijote, la cual hoy conocemos con el título de *El Quijote apócrifo*, escrito por alguien que no se ha podido descubrir con precisión, aunque muchos estudiosos lo hayan atribuido a Lope de Vega, Guillén de Castro, Bartolomé Leonardo de Argensola y al mismo Tirso de Molina, sin que hasta hoy haya podido decirse la última palabra sobre el particular.

¹² Mucho se ha discutido sobre el lugar donde pudo haber nacido don Quijote de la Mancha, señalándose por algunos autores el de Argamasilla de Calatrava y el de Esquivias. Sin embargo, la opinión más generalizada y la que señala don Diego Clemencin, el más autorizado estudioso de *El Quijote* en sus famosos *Comentarios*, es Argamasilla de Alba, pueblo de la Mancha, al cual el propio Cervantes se refiere en la Segunda Parte de su obra y a cuyos “imaginarios académicos” dedica varios poemas satíricos y mordaces.

Volviendo a nuestro joven Azorín, a quien hemos dejado hace unos instantes en tertulia con los “académicos” de Argamasilla, gentes serias y estudiosas, fieles y celosos guardianes de una muy larga tradición, estos lograron convencerlo, sobre el terreno de los hechos, de que allí había nacido el verdadero Quijote, proyectado magistralmente por la pluma de Cervantes, en las páginas de su libro, con la misma fidelidad con la que puede reflejarse cualquier rostro en un espejo de cristal de roca. Después de vacilar un poco y ante las arremetidas dialécticas de sus viejos contertulios, así lo comunicó Azorín a su periódico *El Imparcial*, de Madrid. Y así quedó para la posteridad, en su bello libro *La ruta de don Quijote*. En efecto, el joven cronista, más tarde uno de los más grandes escritores españoles del siglo veinte, consignó en dicho libro el siguiente diálogo revelador. Dice don Cándido, uno de los “académicos” citados en su libro: “Ya sé, señor Azorín... Pues yo digo que don Quijote era de aquí; don Quijote era el propio Rodrigo Pacheco, el que está retratado en nuestra iglesia, y no podrá nadie, nadie, por mucha que sea su ciencia, destruir esta tradición en que todos han creído y que se ha mantenido siempre tan fuerte y tan constante...”. A renglón seguido Azorín anota lo siguiente: “¿Qué voy a decirle yo a don Cándido, qué voy a decirle a este buen clérigo, modelo de afabilidad y discreción, que vive en esta casa tan confortable, que viste esos hábitos tan limpios? Ya creo yo también a pie juntillas que don Alonso Quijano, *el Bueno*, era de este insigne pueblo manchego”¹³. Con este breve y definitivo diálogo terminó Azorín su querrela con los viejos “académicos” de Argamasilla, a la vez que les daba la razón sobre la verdadera identidad de don Quijote y su lugar de nacimiento.

En fin, amables compañeros de la Academia de Historia de Bogotá, nuestros apuntes sobre don Gonzalo Jiménez de Quesada también han terminado. Dejemos que los “académicos” de Argamasilla sigan discutiendo sobre todos estos asuntos relacionados con don Rodrigo Pacheco; que los más eruditos cervantistas de España y de Colombia sigan también indagando sobre el particular; que las brillantes e ingeniosas páginas de Germán Arciniegas sigan deleitando a todos sus lectores, pues bien se lo merecen. Yo me limito a decirles que no importa que don Gonzalo Jiménez de Quesada no haya sido el modelo tomado por Cervantes para escribir su obra formidable. Fundó la capital de nuestra nación y descubrió un Nuevo Reino de Granada, mucho más real y atractivo que su ínsula Barataria. Pero, además, don Gonzalo Jiménez de Quesada es, por derecho propio, otro verdadero Quijote. El Quijote de América.

¹³ José Martínez Ruiz (Azorín), *ibid.*

